

# LA APARIENCIA COMO ESENCIA. SOBRE LA CONTRADICTORIA HISTORIA DEL AMOR EN VENTA

*Appearance as Essence. On the Contradictory History of Love for Sale*

THEODORA BECKER\*

[theodora.becker@posteo.de](mailto:theodora.becker@posteo.de)

Fecha de recepción: 29/09/2024

Fecha de aceptación: 17/12/2024

## RESUMEN

El término “prostitución” se refiere a la constelación específicamente burguesa-capitalista del comercio sexual. En esta sociedad, se considera un “mal necesario”, pero no un “trabajo honrado”. La prostituta está sometida a una vigilancia y regulación exhaustivas, lo que la acerca, como oficio libertino y sospechoso, a la forma del trabajo asalariado. Las características específicas del oficio de puta, la unidad de publicidad, mercancía y vendedora en una apariencia prometedora, son expulsadas de la prostituta; en su lugar, se supone que satisface necesidades inexcusables. Este es el primer paso hacia la posible comprensión actual de la prostitución como servicio, como “trabajo sexual”, que, según Walter Benjamin, va de la mano con el hecho de que “el trabajo se aproxima a la prostitución”.

*Palabras clave:* Prostitución, forma mercancía, trabajo, servicio, trabajo sexual.

## ABSTRACT

“Prostitution” refers to the specific bourgeois-capitalist constellation of the sexual trade. In this society, it is seen as a “necessary evil”, but not as “honest work”. Prostitutes are subjected to comprehensive surveillance and regulation, which makes what is considered a suspiciously debauched trade similar in form to wage labor. The distinctive features of the whore’s trade, the unity of advertising, commodity and saleswoman in a promising appearance, are forced out of the prostitute; instead, she is expected to satisfy necessary needs. This is the first step towards the current understanding of prostitution as a form of service, as “sex work”, which, according to Walter Benjamin, goes hand in hand with the fact that “work approaches prostitution”.

---

\* Autora. Berlín.

*Key words:* Prostitution, commodity form, labor, service, sex work.

## 1 LA BURGUESÍA DEBATE LAS “CAUSAS DE LA PROSTITUCIÓN”

El término prostitución<sup>\*\*</sup> se acuñó en referencia a una constelación del comercio del placer que surgió por primera vez con el dominio de la sociedad capitalista burguesa en el siglo XIX. La prostitución en este sentido históricamente determinado solo surgió y se desarrolló como práctica social específica en interacción con la economía, la administración y la ciencia burguesas. Sin embargo, al acuñar el término general “prostitución”, la ciencia burguesa ha contribuido a oscurecer la esencia específica, o más bien la contra-esencia, de la prostitución en la sociedad capitalista burguesa. El término general ha contribuido a entender el comercio sexual –en cuanto “prostitución”– como un fenómeno histórico universal y a no prestar atención a las respectivas relaciones sociales de dominación y producción que han configurado este comercio a lo largo de la historia y han cambiado radicalmente su naturaleza.

La burguesía del siglo XIX se veía a sí misma como una clase progresista que llevaba al poder la ciencia, la justicia, la paz y la moralidad; creía que la sociedad conformada según sus valores sería la que, qua progreso hacia el mejor de los mundos posibles, aboliría y haría superflua la práctica milenaria de la prostitución, que a fin de cuentas le parecía una reliquia de tiempos primitivos. Se creía capaz de refrenar y civilizar los impulsos y los deseos. El libertinaje, la decadencia y el despotismo debían quedar relegados al pasado feudal y absolutista. La prosperidad, la justicia, la libertad y la moralidad debían llegar al mundo con el gobierno de la burguesía. A este respecto, sin embargo, la implantación del modo de producción capitalista no resultó ser un factor de moralización general, sino un poderoso promotor de la prostitución, que se convirtió en un auténtico fenómeno de masas en las metrópolis burguesas.

A partir de mediados del siglo XIX, el debate político sobre cómo abordar la prostitución se convirtió en un debate público, multiplicándose las contribuciones

---

<sup>\*\*</sup> La autora juega con dos términos alemanes “Hure” y “Prostituirte”, que podrían considerarse en algún sentido sinónimos, para diferenciar dos formas de comercio sexual diferenciados. Hemos optado por traducirlos en cada caso por “puta” y “prostituta”. Asimismo, distingue “Hurerei” y “Prostitution”, que hemos traducido por “putería”, por su referencia a la “puta”, y “prostitución”. El sentido que da la autora a cada acepción se desprende del texto (*Nota trad.*).

al mismo en comparación con épocas anteriores y produciéndose con una urgencia y un vigor desconocidos hasta entonces. Mientras que en épocas anteriores la regulación de la prostitución había sido competencia del gobierno, el Estado y la Iglesia, la nueva forma de esfera pública burguesa, con prensa y libros de difusión masiva y una democratización de los procesos políticos, hizo posible una participación mucho más amplia en los debates políticos y sociales. Científicos (médicos, higienistas, criminólogos, policías y abogados constitucionalistas, más tarde psiquiatras, sociólogos y sexólogos), asociaciones privadas en defensa de la moralidad, protagonistas del movimiento feminista y obrero, políticos, reformadores sexuales, periodistas y ciudadanos de a pie se dedicaron a las cuestiones y problemas relacionados con la prostitución.

A partir de la década de 1890, como muy tarde, surgió una disputa pública entre partidarios y detractores de la regulación estatal y policial de la prostitución en el Reich alemán. La cuestión principal era cómo debía tratar el Estado la prostitución y a las prostitutas. Todos los contendientes estaban igualmente convencidos de que la prostitución era un peligroso mal social, pero discrepaban sobre en qué consistía exactamente ese mal y cómo debía abordarse. Las opiniones divergentes sobre las causas de la prostitución hicieron que el candente debate político sobre el tratamiento y las medidas adecuadas para combatir y frenar la prostitución se convirtiera en una disputa periodística sobre cuestiones más profundas: Las causas de la prostitución, ¿son de naturaleza económica o moral? ¿Han de buscarse en la sociedad contemporánea o se trata de constantes antropológicas? ¿Qué influencia tiene la política estatal sobre las prostitutas? La prostitución, ¿está impulsada principalmente por el hombre, es decir, por el cliente, o principalmente por la mujer, es decir, por la prostituta?

Los principales protagonistas en el bando burgués eran, por un lado, los reglamentistas, los partidarios de la seguridad y el orden, que iban desde los conservadores hasta los reaccionarios y consideraban indispensable una estricta regulación y control policial de la prostitución y, por tanto, describían de la manera más estridente los peligros que supuestamente amenazaban a la sociedad por parte de las prostitutas. El otro bando estaba formado por el grupo de las abolicionistas, compuesto principalmente por pioneras del movimiento feminista burgués y otras fuerzas reformistas y liberales, que consideraban que el tratamiento estatal y social de la prostitución y el régimen de vigilancia y control policial hacia las prostitutas eran inhumanos, hipócritas, misóginos y escandalosos desde el punto de vista mo-

ral. Ambos bandos se oponían con la misma determinación a la prostitución, pero los primeros identificaban a las prostitutas como las principales culpables –como parásitas sociales peligrosas, enfermas e inferiores–, mientras que los segundos consideraban que la responsabilidad recaía más bien en los hombres, la sociedad y el Estado, que empujaban a las mujeres a la prostitución y, por tanto, a la miseria, las usaban o las brindaban para ser usadas, les negaban cualquier salida y luego se elevaban moralmente por encima de ellas y las despreciaban. Otra diferencia fundamental era que los abolicionistas creían que la prostitución podía erradicarse, mientras que los partidarios de la regulación consideraban que por desgracia era un “mal necesario”.

El debate sobre las causas podría resumirse en una frase: La prostitución se consideraba un delito que, o bien la sociedad cometía contra las prostitutas, o bien las prostitutas cometían contra la sociedad. Los reglamentistas despreciaban a la puta por inmoral y holgazana, los abolicionistas hacían lo mismo, pero acusaban a la sociedad de obligarla a ese vicio. El denominador común de ambas facciones consistía en no considerar la prostitución un trabajo honesto, sino por el contrario una expresión del intento de evitar el trabajo y un pseudo-oficio fraudulento y criminal. La contraposición entre *prostitución* y *trabajo* es fundamental para el cuestionamiento y la condena de la prostitución, tanto si debía ser regulada como abolida. Esto resulta claramente evidente en los reglamentistas; ejemplificado por el veneólogo Benjamin Tarnowsky, que escribió en su libro *Prostitution and Abolitionism*, publicado en 1890, que las prostitutas querían “vivir solo para su placer”, y así librarse del trabajo obligatorio, [...] tener admiradores, acicalarse, comer y beber lo que les gusta, y el resto del tiempo cotillear y hacer conjeturas sobre el futuro” (128). Pero incluso en el caso de los abolicionistas, que hacían hincapié en las causas sociales y económicas de la prostitución, denunciaban las políticas dominadas por los hombres y consideraban a las prostitutas unas víctimas, un análisis más detallado de sus textos revela que su preocupación tenía mucho más que ver con la moralidad que con la desigualdad económica. La editora del órgano central abolicionista *Der Abolitionist* y secretaria de la confederación del movimiento feminista burgués, la *Bund Deutscher Frauenvereine* [Federación Alemana de Asociaciones de Mujeres], Anna Pappritz, consideraba que la prostitución era perjudicial porque minaba la salud, la moralidad y la capacidad de trabajo del pueblo. Para ella, la catástrofe de la prostitución, que desde esta perspectiva se podría pensar que consistía sobre todo en la pobreza, la explotación y el abuso de las prostitutas, residía

al menos en la misma medida en el hecho de que las prostitutas escamoteaban a la sociedad su fuerza de trabajo, llevaban una vida llena lujosa y licenciosa y a pesar de ello se sentían como si fueran “servidoras públicas” que declaraban que su trabajo era útil para la sociedad. Por ello, dedicó su análisis se detenía con todo detalle en el “maquillaje” y el hermoso “velo” que supuestamente ocultaban la “miseria” (moral) de la prostitución (1907: 7), así como en la volubilidad moral y la frivolidad de las jóvenes que se dejaban seducir por el glamour de la gran ciudad y el lujo superficial del mundo del hampa e imaginaban una vida fácil más allá de ser sirvientas y trabajadoras.

## 2 DE LA PUTERÍA A LA PROSTITUCIÓN

### 2.1 La puta más allá de la mirada burguesa

Desde la perspectiva burguesa, la figura de la prostituta fluctúa entre la posición de víctima y de delincuente, la prostitución entre la autoexplotación y el fraude. La relación de intercambio en la prostitución parece ser “completa y vergonzosamente inapropiada” (Simmel, 1989: 515) y la prostituta todo menos una trabajadora honrada. Más bien se la considera perezosa, amoral, peligrosa y/o débil, indefensa y fácil de seducir.

Sin embargo, la caracterización burguesa de las prostitutas y la desvalorización de su oficio que en ella se expresa no pueden explicarse simplemente por ‘prejuicios’ estigmatizadores, sino que en realidad marcan la diferencia entre el oficio de quienes comercian con el placer y el orden burgués y señalan las peculiaridades de este oficio. Aunque subrayan el carácter asocial y lo repulsivo de la prostitución, también revelan las razones de la fascinación que ejerce la puta. La sociedad burguesa acusa a las putas de ser perezosas e indolentes, tramposas, manipuladoras, mentirosas, que se venden, que son disolutas e indisciplinadas – pero todas estas difamaciones pueden tomarse como pistas para rastrear las características positivas de este oficio precisamente en su diferencia con el trabajo y la forma mercancía capitalista. Contrariamente a la afirmación burguesa, estas características no deben interpretarse como déficits de las putas, sino más bien como requisitos indispensables del valor de uso de su mercancía; ciertamente, eso requiere interpretarla de forma algo diferente de lo que permite la visión burguesa de las cosas. Esto se esboza a continuación de modo breve y sintético.

De hecho, la putería solo puede entenderse como un comportamiento económico. Está en gran medida motivado y determinado por el dinero. Precisamente por esta razón parece carecer de contenido y sustancia y, justo por ello, ser muy semejante al propio dinero, como señaló Georg Simmel.<sup>1</sup> Sin embargo, es precisamente en esta insustancialidad donde reside su verdadera sustancia. La sustancia de la putería no es la ejecución, la realización de un acto sexual, sino su promesa. La ética empresarial del intercambio comercial honesto, dinero a cambio de una prestación de servicio, no corresponde ni a su esencia ni a su narrativa como *topos* básico de la historia cultural: nadie compondría poemas, dramas o coloridas páginas de periódico sobre la mera ejecución de un acto. La mercancía con la que comercia la puta es la expectativa de hacer realidad deseos, que en cierto sentido ya aparece como su realización. No se puede trazar una frontera clara entre la satisfacción y la no satisfacción porque las ‘mercancías’ de las putas no se pueden separar de su publicidad. El precio de la puta viene determinado más por su publicidad que por la calidad de un servicio sexual. La puta se pone en escena como un objeto deseable, no como proveedora de un servicio sexual. El deseo del cliente se dirige a ella como persona. O de forma más precisa: a la proyección como la que ella se le presenta. Cuanto más específicamente encarna sus proyecciones, menos intercambiable será como mercancía y mayores serán los honorarios que pueda exigir. La puta de éxito tiene la capacidad de aparecer ante un gran número de hombres como una pantalla de proyección enteramente personal. Cada cliente debe sucumbir a la ilusión de que ella solo está ahí para él. Esto solo es posible mientras el cliente anhele realmente el cumplimiento anhelado: el deseo de poseer a la puta es la base del negocio, pero nunca debe cumplirse. Su deseo de alcanzarla debe permanecer eternamente insatisfecho. El cliente paga para no tener que conocer y poseer a la persona real que la puta encarna, aunque al mismo tiempo debe creer que su generoso pago le acercará a ella.

El deseo sexual nunca se dirige exclusivamente hacia la ejecución de una actividad específica, hacia un acto sexual, sino hacia un objeto, ya sea éste otra persona o un objeto (parcial) fetichista. De ello se desprende para la putería que publicidad, mercancía y vendedora son inseparables. Todo en la puta es publicidad, ella misma

---

<sup>1</sup> “Así, a la inversa, también se percibe algo de la naturaleza de la prostitución en la naturaleza misma del dinero. La indiferencia con la que se presta a todo uso, la deslealtad con la que se desprende de todo sujeto porque en realidad no estaba vinculado a ninguno, la neutralidad que excluye toda relación sentida, que lo caracteriza como puro medio – todo esto crea una analogía fatal entre él y la prostitución.” (Simmel, 1989: 514).

lo es, es mercancía. La puta hace publicidad consigo misma para sí misma; la publicidad es la mercancía y la mercancía es publicidad y ambas son ella misma como objeto deseable. Al mismo tiempo, sin embargo, al dedicarse a su oficio con el objetivo de ganar dinero preservando su autonomía y, por lo tanto, utilizando conscientemente el placer como medio, la puta no es ni más ni menos que ella misma cuando es puta; no hace más que interpretarse a sí misma. En otras palabras, juega a ser la publicidad, la mercancía y la puta, y las tres no existen fuera de este juego. Pero esta simulación de la cosa es indistinguible de la cosa misma. La esencia de la putería es la apariencia, el fingimiento, la ilusión y el juego, del mismo modo que son la esencia del placer.

La idea de pago, que sigue el modelo de un intercambio de equivalentes, no se ajusta a la putería, puesto que esa idea implica que existe una contraprestación que corresponde al precio pagado. En el caso de la putería, sin embargo, no hay ninguna conexión entendible entre el precio y el valor de la mercancía vendida; de hecho, ni siquiera es posible nombrar exactamente en qué consiste exactamente la mercancía, es decir, por qué se paga el precio. Como se ha visto, el arte de la puta consiste en presentarse como una pantalla de proyección para los deseos y fantasías de sus clientes y, al mismo tiempo, en negarse resueltamente a satisfacer esos deseos proyectados. Sin embargo, esa no satisfacción difícilmente puede considerarse una contraprestación a cambio de una cierta cantidad de dinero. La mera ejecución de actos sexuales y la satisfacción que conllevan difícilmente merecerían un precio especial, puesto que no es necesario un arte especial solo para eso ni es difícil de obtener; es una de las cosas más banales del mundo. Por lo tanto, el contravalor podría consistir, como mucho, en el valor de las fantasías evocadas, pero éstas son las fantasías del cliente y no las de la puta – como dijo Paul Lafargue: la puta “obliga [al cliente] a pagarle en oro por el placer que él mismo aporta» (2009: 35). De acuerdo con ello, el precio de la puta depende de la intensidad y la urgencia de los deseos del cliente, cuya satisfacción cree ver en la puta.

Dentro de la lógica de la economía burguesa-capitalista, la puta es una figura extremadamente contradictoria. Por un lado, elude la lógica de la mercancía y el orden del trabajo en el ejercicio de su negocio, pero por otro lado precisamente eso le lleva a aparecer como la encarnación más perfecta de la mercancía. No vende una mercancía, sino que parece convertirse ella misma en una mercancía, y solo la economía basada en la forma mercancía lleva su oficio a alcanzar su pleno despliegue, porque le confiere el glamour de la mercancía definitiva. Ella es, en una for-

mulación de Walter Benjamin, “vendedora y mercancía en una” (1985: 55). La naturaleza contradictoria del carácter de mercancía de la puta es el resultado de la oscilación de su apariencia entre estos dos polos. Ambas cualidades, ser una mercancía y al mismo tiempo solo su vendedora, son inseparables en ella, y no pueden escindir-se en dos tipos de capacidades o partes de su persona –como ocurre, por ejemplo, cuando se afirma que vende su cuerpo o, al revés, que vende su alma-. Ella vende mucho más que eso y, al mismo tiempo, mucho menos.

La puta no es una esclava, no se comercia con ella como si fuera una mercancía material, como si se tratara de una cosa inanimada sobre la que un sujeto puede reclamar derechos de propiedad. En tanto que mercancía, más bien parece estar viva. Como si la propia mercancía se convirtiera en sujeto y cortejara de manera independiente al cliente. Sin embargo, a diferencia del vendedor de la mercancía fuerza de trabajo, el trabajador, no parece estar escindida en sí misma: como sujeto, vendedor doblemente libre, por un lado, y como portador de una capacidad aislada, la mercancía fuerza de trabajo, por otro. Su mercancía no es ni su fuerza de trabajo, ni una capacidad cuantificable de dispensar placer, ni tampoco simplemente su cuerpo, sino que está íntimamente ligada a su persona.

Gran parte de los debates sobre la prostitución en la sociedad burguesa de los siglos XIX y XX giraron precisamente en torno a esta aparente unidad de mercancía y vendedora –a menudo sin explicitarla-. La separación de la sexualidad como una capacidad análoga a la fuerza de trabajo, como capacidad para el placer, bajo la forma mercancía, resulta problemática hasta el día de hoy. La aceptación forzosa de esta separación no sería (o no es) la emancipación de la puta, sino su completa integración en la economía capitalista como proveedora de servicios. En el trabajo asalariado se oculta el carácter de mercancía, en la putería se revela abiertamente. La puta aparece ante el comprador como una mercancía consumible, usable. En ella el deseo de disfrutar de la mercancía se funde con el deseo sexual; el cliente que desea a la puta desea la mercancía como tal. Walter Benjamin escribe: “El amor por la prostituta es la apoteosis de la empatización con la mercancía” (1985: 475 [J 85, 2] y 637 [O 11 a, 4]). Y ofrece un “esquema de empatización” en el que detalla este carácter de mercancía de la puta:

“La mercancía empatiza con el cliente

La empatización con el cliente es empatización con el dinero

Virtuosos de esta empatía: el flâneur la puta



El cliente empatiza con la mercancía

Empatización con la mercancía es empatizar con el valor de cambio

Pero eso significa: empatización con el precio

La apoteosis de esta empatización: el amor a la puta” (1974: 1159).

La puta es la mercancía perfecta porque está viva, porque puede “empatizar” con cada cliente y sus deseos. Sobre todo, puede empatizar con el dinero del cliente, evalúa cuánto tiene, cuánto está dispuesto a dar y cuánto puede sacarle. Benjamin explica esta empatización cuando escribe: “La puta no vende su fuerza de trabajo; pero su oficio conlleva la ficción de que vende su capacidad de disfrute. En la medida en que esto representa la extensión más extrema que puede experimentar el ámbito de la mercancía, la puta siempre ha sido una precursora de la economía mercantil” (1985: 439, J 67a, 1)<sup>2</sup>. Al vender aparentemente su “capacidad de disfrute”, es decir, al poder hacer depender del dinero aparentemente su capacidad de sentir placer sexual, parece poder disfrutar del dinero mismo. La puta representa la mercancía que desea al cliente, en lugar de que el cliente desee a la mercancía. Lo desea en la figura de su dinero, pero su “disponibilidad” vale para todos y “no se ve desalentada por ninguno” (1985: 457, J 75 a). Benjamin llama a esto la “extensión extrema” de la forma mercancía.

A pesar de todas estas peculiaridades del oficio de las putas, este se hizo a su vez necesario como soporte de la sociedad burguesa: para mantener bajo control y “canalizar” los amenazadores impulsos sexuales. De acuerdo con ello, el objetivo de la regulación burguesa era acercar la prostitución a un servicio de naturaleza laboral y previsible, sometiéndola a un régimen policial de represión y control y segregando socialmente a las prostitutas. La regulación de la prostitución por parte de la sociedad burguesa pretendía minimizar el riesgo para el cliente y para la sociedad. La prostitución debía ofrecer satisfacción sin consecuencias y con costes financieros y personales calculables. La burguesía consideraba la excitación y la incitación al libertinaje y a la lujuria como un peligro inherente a la prostitución que amenazaba el orden moral, como una perturbación de su función, que las prostitutas podían cumplir idealmente de forma invisible, aisladas y castradas en su autonomía erótica. Los medios para alcanzar este fin fueron las más amplias restricciones a la publicidad individual de las prostitutas para proteger la “decencia pública” me-

---

<sup>2</sup> La cita continúa: “Pero precisamente porque el carácter de mercancía estaba por lo demás poco desarrollado, no era necesario que esta faceta emergiera de forma tan ostensible como lo hizo más tarde. De hecho, la prostitución medieval, por ejemplo, no muestra la tosquedad de aquella que se convirtió en norma en el siglo XIX».

diante amplias prohibiciones policiales que afectaban a la actuación, la vestimenta y el comportamiento de las prostitutas en los espacios públicos, su vigilancia por parte de la policía sanitaria y de moralidad y su acuartelamiento en los burdeles. Esto tendía a reducir la prostitución a una actividad económicamente explotable, a un mero servicio. El carácter socialmente despreciable de las prostitutas también debía servir a su inocuidad, pero a la vez se oponía a este objetivo. El hecho de que el ciudadano tuviera que descender a los bajos fondos de un entorno social que le era ajeno cuando visitaba a las prostitutas, en el que éstas vivían según sus propias reglas debido al ostracismo social y a la persecución estatal, recurriendo además a medios fraudulentos y manipuladores, aumentaba su riesgo. Solo por el peligro de exponerse a la deshonra, el cliente no podía considerar la visita como un simple acto de compra que no podía costarle nada más allá de la tarifa. A ello se añadía el riesgo de contraer enfermedades venéreas y la posibilidad de ser robado o engañado. Aunque la autonomía de la puta y la imprevisibilidad de su efecto inigualable sobre el cliente se vieron en gran medida eliminadas en la prostitución gracias a la organización laboral y al acoso policial, en cierto modo este riesgo intrínseco encontró un sustituto externo en el riesgo a quedar socialmente estigmatizado y a verse confrontado con una persona de una clase social ajena.

El anhelo de descender a los “bajos fondos” de la sociedad y de liberarse temporalmente de las normas sociales que rigen la vida burguesa se asemeja en muchos aspectos más al deseo de ascenso social que a la mera actividad comercial entre iguales. Si la minusvaloración social de las prostitutas ofrece al cliente la posibilidad de considerar a la prostituta como un objeto del que se puede abusar, también alberga el peligro de conocer y cuestionar su propia identidad, lo que puede hacerle sentirse inseguro.

## 2.2 La prostitución como mal necesario

La relación de la sociedad burguesa con la prostitución se expresa esencialmente en la fórmula del “mal necesario”. La actitud del Estado burgués hacia la prostitución fue ambivalente desde el principio. Por un lado, la prostitución se consideraba un peligro eminente para la moralidad y la salud públicas que había que combatir de manera decidida. Por otro lado, sin embargo, también se la consideraba necesaria o incluso útil para la moralidad pública. La burguesía estaba mayoritariamente convencida de que no era posible erradicar la prostitución y que había que

tolerarla como un mal necesario y, en consecuencia, regularla y vigilarla. En este sentido, la burguesía liberal del siglo XVIII era más pragmática que la del siglo XIX y principios del XX; era más acrítica o ingenua respecto a las premisas sexuales de esta “necesidad” y estaba asimismo menos preocupada por los efectos de la prostitución, lo que también tenía que ver con su escala comparativamente menor y su menor visibilidad antes de la industrialización y la formación de las metrópolis. Sin embargo, la visión del placer sexual en la prostitución era al mismo tiempo mucho menos negativa. Todavía había voces que, en el espíritu de la Ilustración, hablaban de los efectos *positivos* de la prostitución tolerada y no solo de su necesidad para evitar males aún peores, como es el caso del economista político y filósofo Bernard Mandeville en un texto satírico de 1724 publicado anónimamente en defensa de las “casas de placer públicas” (*A Modest Defence of Publick Stews*). En él subraya que visitar a “cortesanas profesionales” permite a los jóvenes varones experimentar la fugacidad o la firmeza de sus pasiones, de modo que se redujera la tendencia a contraer matrimonio precipitadamente. Por lo tanto, sigue suponiendo que este oficio también tiene que ver con los sentimientos: con el enamoramiento y el afecto tierno, y no solo con la simple satisfacción del instinto sexual.

A partir de mediados del siglo XIX, el discurso se endurece y se insiste más en los peligros y la nocividad de la prostitución, al tiempo que se subraya la absoluta imposibilidad de erradicarla. Las dos partes de la fórmula del “mal necesario” se exacerbaban y su carácter contradictorio llegó a un punto crítico: necesidad ya no significaba utilidad, sino inevitabilidad. Así lo expresó, por ejemplo, Friedrich Jacob Behrend, médico jefe de la brigada antivicio de Berlín, que en 1850 escribió en su libro *Die Prostitution in Berlin* [La prostitución en Berlín]: “La prostitución es un mal de la sociedad que no puede ser eliminado por ninguna ley o medida coercitiva. La historia de todos los pueblos y épocas lo ha demostrado [...]” (1850: 207). Y utiliza una imagen clara:

“Si en una región hay un pantano cuyas excrecencias contaminan los alrededores y amenazan con enturbiar cada vez más los caminos cercanos, las autoridades tienen el deber de eliminarlo por completo. Pero, ¿y si las autoridades no pueden hacerlo? Entonces pondrán el pantano bajo vigilancia, lo cercarán y rodearán, y construirán zanjas y canales de drenaje en los que se vaciarán los agentes pestilentes. ¿Acaso la prostitución no es un pantano semejante?” (223).

En consecuencia, los llamamientos al control y la vigilancia estatales se hicieron más estridentes y se sirvieron para legitimarlos, como en el caso de Tarnowsky, de

representaciones sobre la prostituta criminal, degenerada y mentalmente enferma. El discurso sobre la necesidad de la prostitución empieza a sustentarse en una visión completamente mecanicista del impulso sexual masculino.

El siglo XIX se caracterizó por la constante renovación de los esfuerzos estatales de regulación y las medidas de vigilancia policial, que en Alemania implicaron hasta principios del siglo XX, y de nuevo durante el fascismo, un constante endurecimiento y una permanente ampliación de las medidas estatales contra las prostitutas. En este proceso, el Estado burgués creó una red de mecanismos de control y vigilancia, prohibiciones e instituciones disciplinarias sin precedentes. Esta regulación estatal y policial de la prostitución se estableció a lo largo del siglo XIX en la mayoría de los Estados burgueses (Inglaterra fue la excepción más importante). El objetivo era, por una parte, hacer que la prostitución fuera inocua y, por otra, optimizar sus beneficios potenciales; esto último, sin embargo, lastrado por consideraciones morales, solo a medias y bajo el pretexto de lo primero. En este sentido hablar de la necesidad ofrecía una salida cómoda (igual que a los políticos de hoy les gusta hablar de limitaciones objetivas o de falta de alternativas a las medidas). Sin embargo, la combinación de la dinámica capitalista y la regulación estatal provocó una transformación considerable del oficio del placer, que al mismo tiempo lo profesionalizó y lo desprofesionalizó, lo institucionalizó y lo hizo despreciable, asimilándolo así a la forma del trabajo asalariado. Solo en el marco de esta dinámica llegó el oficio del placer a convertirse en prostitución, en la forma burguesa del puteo.

### 2.3 La fantasía burguesa de una prostitución bien ordenada

El ideal burgués hegemónico era, por tanto, convertir la prostitución en una institución en gran medida libre de consecuencias, inocua e invisible, que apoyara el orden social (del sexo) mediante una regulación adecuada. Para ilustrar este ideal puede servir un proyecto de prostitución legalizada bajo supervisión estatal de 1905, cuya exageración ajena a la realidad pone en evidencia los motivos subyacentes. El autor se esconde tras la abreviatura “M. K. G.”. Enuncia los siguientes objetivos a alcanzar con la ayuda de su propuesta de creación de “centros municipales de placer”:

1. Rescatar de manera permanente a las prostitutas de las enfermedades venéreas y el alcoholismo. Educación para el trabajo y el orden.
2. Protección de los

hombres -y de las mujeres en peligro por causa de ellos- frente a las enfermedades venéreas. 3. Eliminación de la tentación de la ciudad y de los hogares. 4. Prevención del embarazo entre las prostitutas. 5. Generación de cuantiosos ingresos para las ciudades destinados a construir hogares para mujeres y jóvenes no prostituidas. 5. Destrucción el proxenetismo.” (M.K.G., 1903: 2)

Aquí ya no se habla de “delicioso libertinaje” o de “lascivia” como distinciones, tal como había escrito Bernard Mandeville sobre los burdeles, sino de “trabajo y orden”. Este orden ya no es el orden interno del burdel como negocio dedicado al placer sexual, como todavía aparecía en la obra de Mandeville, escrita casi 200 años antes, sino un orden de dominación establecido por una rutina diaria completamente organizada para las prostitutas, dictada por el establecimiento, en la que la mayor parte del tiempo se reserva al trabajo doméstico, al que luego se añadían el trabajo asalariado complementario y el “entrenamiento” físico. Esto también se refleja en el lenguaje, caracterizado por la meticulosidad técnica. La “palabra sobria sin circunloquios” es obviamente un producto de la era burocrática y del capitalismo monopolista industrial. Para M. K. G., lo sexual es un problema puramente técnico. No sabe nada de las pasiones, los deseos, las locuras amorosas o la lujuria que había descrito Mandeville; parte estrictamente del punto de vista de la “necesidad” médica. Para él, ésta consiste en la “descarga del semen”<sup>3</sup>.

Para el autor, el principal obstáculo para una buena organización de la prostitución son las propias prostitutas. Habría que apartarlas por completo del entorno metropolitano, de la vida nocturna y de los locales de diversión -también para protegerlas de la miseria y la enfermedad-, impedirles que llevaran un estilo de vida “sin ataduras” y trasladarlas a casas cerradas bajo el estricto control de superiores y supervisoras. Pues en cuanto pudieran disponer de su propia vida y, sobre todo, del dinero que ganaban, lo “despilfarrarían en compañía de hombres frívolos” y llevarían una “vida disoluta”. En sus casas, las prostitutas deberían renunciar a todos los “placeres que han sido la principal preocupación de estas personas, en su mayoría frívolas”: “[L]as joyas, el maquillaje, los artículos de tocador no deben llevarse al prostíbulo, y ya no están permitidos el disfrute de bebidas espirituosas en alegre compañía masculina por la noche en bailes o en orgías y el holgazanear [sic] durante el día” (24).

<sup>3</sup> El texto tiene un equivalente en el «Anti-Sex» de Andrei Platonov de 1926, un folleto publicitario ficticio escrito con intención satírica y denunciatoria de un aparato para la gratificación sexual sin pareja disponible en cualquier momento. Las “Lustfrauen” [mujeres dedicadas al placer] de M. K. G. no son mucho más que tales aparatos. Cf. Platonov, 2013.

El autor supone, contrariamente a Mandeville y en línea con Tarnowsky, que el verdadero motor del libertinaje no son los clientes que pagan por ello, sino las prostitutas, para quienes este tipo de vida se ha convertido cuando menos en un hábito y que tientan a los hombres a hacer lo mismo. Estos últimos, por su parte, solo tendrían interés en llevar a cabo la “descarga del semen” de la forma más higiénica posible. Es evidente que M. K. G. juzgó mal los instintos de sus contemporáneos. La prostitución no obtenía su atractivo de una promesa higiénica, sino de la promesa de placer siempre incumplida, ligada al atractivo de lo prohibido, a la mezcla de clandestinidad y publicidad, a la seducción de una mercancía disponible en todas partes, al mismo tiempo glamourosa y sucia. Sin embargo, el proyecto deja traslucir el espíritu de la época, y también el espíritu del futuro.

El diseño para el establecimiento y la organización de estas casas, que debían alojar a 5.000 prostitutas cada una (!), recordaba a las clínicas cerradas y prometía operaciones organizadas según la división del trabajo para la “descarga planificada del semen” de los huéspedes bajo la estricta supervisión de médicos y vigilantas. El objetivo de esta instalación era, obviamente, exorcizar a fondo todo impulso lujurioso en todas las personas implicadas, aunque el autor repita constantemente la palabra “casa de placeres” así como “mujeres dedicadas al placer”. Durante el día, las internas debían limpiar sus propias “celdas” y la casa, lavar la ropa, servir las comidas y también “trabajar para los clientes a cambio de un salario”. Además, estaban previstos “ejercicios vigorosos” y entrenamiento físico al aire libre “bajo la supervisión de una entrenadora de natación, de gimnasia o de danza” (20), si bien ocultos a las miradas del vecindario por un alto muro que debía rodear las casas de placer. Solo por la noche, a partir de las ocho y media, debían estar disponibles – sin maquillaje ni peinados elaborados u otros artículos de tocador, vestidas únicamente con una camisa de algodón lisa– para un invitado por velada, que podía permanecer un máximo de dos horas. Las bebidas alcohólicas estarían estrictamente prohibidas en toda la casa. Solo los domingos quedaban libres del trabajo, reservados a las devociones y oraciones y a posibles “visitas [de] parientes (con precaución en el caso de los hombres, por supuesto)” (20).

En su idea del mobiliario de las habitaciones, el autor tiene muy en cuenta las necesidades de higiene: las sobrias “celdas” de tres por cinco metros, en las que cada “mujer dedicada al placer” debía recibir a sus clientes (y probablemente también dormir ella misma), debían alicatarse o pintarse con pintura esmaltada y cubrirse con suelo de linóleo. Además de una “bañera con ducha”, solo se propor-

cionaban sillas sin tapizar y un armario, una mesilla de noche y una cama de hierro. Tras pagar la entrada de 3 marcos, los clientes de la casa de placer debían someterse primero a un minucioso procedimiento de limpieza y examen a cargo de “trabajadores contratados”. Después de esto, el cliente podía elegir a una de las mujeres, para lo cual éstas se mostraban a demanda a través de la “ventanita” de la puerta de su celda. A continuación, el cliente introducía una “ficha de estaño” de la categoría de precio correspondiente a la mujer, que había comprado en la entrada, “en la ranura situada junto a la puerta”, “con lo que la puerta se abría automáticamente si la ficha de estaño correspondía a la clase de la mujer de placer indicada en la puerta” (21). Tras otro procedimiento de limpieza, se permitía al huésped entrar en la celda durante un máximo de dos horas, “incluido el desvestirse, el vestirse y el baño de ambos” (18).

Todas estas normas y dispositivos revelan el objetivo de despersonalizar el encuentro entre clientes y prostitutas y eliminar de él toda intimidad. Desde la meticulosa limpieza a cargo de “trabajadores contratados” y médicos, que disuelve todos los olores corporales en olor a pastilla de jabón, pasando por las habitaciones clínicamente desnudas que no poseen rastro alguno de gusto personal ni de comodidad, y mucho menos de sensualidad, y la vestimenta uniforme con camisas de penitentes, hasta las ranuras para introducir las fichas de estaño, que recuerdan a las máquinas expendedoras que surgían en la época y que acentuaban la sobriedad y racionalidad de la situación en su conjunto y pretendían eliminar el intercambio personal en el que la propia prostituta recibía el dinero. El proceso evidencia que la prostituta se convierte aquí en una mercancía cosificada, con la que no se negocia personalmente, sino que se vuelve disponible como si estuviera a las órdenes del dinero al abrirse automáticamente una puerta. La automatización surge con lógica natural del empeño del autor por acabar con la “vida libertina” de las prostitutas, que se asociaba a la disponibilidad espontánea de dinero en efectivo, haciendo que los ingresos no fueran directamente a las mujeres, sino inicialmente a la administración central. El sometimiento de las prostitutas al régimen minuciosamente racionalizado de explotación en masa significa que las mujeres se convierten en realidad en una parte consumible de un enorme aparato de gratificación, una mercancía a la que el cliente puede acceder introduciendo una moneda.

M. K. G. esperaba que esta institución no solo condujera a una prostitución higiénicamente perfecta, organizada y controlada, sino también a la educación y mejora de las prostitutas. Aunque no había que tener muchas expectativas, ya que las

condiciones de partida de las prostitutas no eran buenas, el autor estaba convencido de que “este tratamiento de las prostitutas como seres humanos de pleno derecho” (!) tendría una “influencia educativa favorable” (31). El deseo de M. K. G. de transformar a las prostitutas en miembros útiles de la sociedad va de la mano de la tendencia a concebir el servicio sexual que prestan como una especie de trabajo. Con su proyecto, el autor pretendía en cierto modo desestigmatizar la prostitución encomendando al Estado que reconociera de manera clara y sin ambigüedades que la prostitución es necesaria y beneficiosa y que asumiera en consecuencia su organización, en lugar de vigilar y encauzar su organización como sector económico privado medio quedándose a medio camino entre la tolerancia y la represión. La desestigmatización se produce en la misma medida en que la prostituta se convierte en una trabajadora normal.

### 3 DE LA PROSTITUCIÓN AL TRABAJO SEXUAL

#### 3.1 El declive de la sociedad burguesa

La institución diseñada por M. K. G. representa la fantasía de una prostitución completamente organizada. En el fondo, es la realización perfecta de su concepto. La puta ha desaparecido en la prostituta, que de esa manera puede dejar de ser prostituta. Se convierte en trabajadora del sexo: la abolición de la prostitución sobre su propia base. La verdad de esta fantasía consiste efectivamente en que hace posible convertir la putería en un “servicio sexual”, en que el “trabajo sexual” puede reclamar el reconocimiento social como empleo remunerado “normal”. Esta transvalorización, que continúa hasta nuestros días, refleja el declive de la sociedad burguesa.

La sociedad burguesa en el sentido aquí mencionado se refiere a una fase específica del capitalismo. Iba de la mano de la existencia de la burguesía como clase dominante, que como tal cultivaba una determinada cultura y establecía ciertas normas sexuales y de género. La burguesía como clase dominante estaba formada por empresarios varones, propietarios de riqueza, dueños y directores de sus empresas. Mientras esta clase existió, defendió una rígida moral sexual que era necesaria para mantener y perpetuar los fundamentos económicos de su existencia y a la que estaban sometidas especialmente las mujeres burguesas. Sin embargo, la burguesía (masculina) también tenía una cultura específica de ruptura y transgresión



de estas normas estrictas, y esta cultura constituía una parte esencial de la esfera pública burguesa: la esfera semipública. La puta era un centro de esa esfera semipública. Reunía a su alrededor a hombres de negocios de todo tipo en encuentros informales. Constituía un accesorio necesario del intercambio burgués de información. En el teatro, en el café, en el bar de alterne, en el restaurante o en el salón, la puta reunía a los hombres a su alrededor y ofrecía la ocasión y el ambiente adecuado para conversaciones informales. Por su parte, esta esfera semipública burguesa era a su vez condición de la existencia de la puta: la sustancia social de su oficio consistía en el hecho de que tenía un papel social, y su sofisticación consistía en que reconocía su necesidad –que nada tenía que ver con las “necesidades sexuales imperiosas”– y sabía cómo utilizarla.

En el siglo XIX y a principios del XX, la información estaba disponible en la prensa y a través de contactos directos. Lo que estaba en la prensa era de conocimiento público; la información exclusiva era codiciada y necesaria para el éxito de los negocios. Esto se conseguía a través de la puta, que entraba en contacto con todo el mundo. El periodista también conseguía sus historias en el hipódromo, en el burdel, en el café, en el pub. Así que la puta y la prostituta también eran figuras centrales en los círculos literarios y periodísticos (cf. Kisch, 1981). Negocios y política, bohemia artística y círculos turbios se mezclaban en los lugares que frecuentaban. La delincuencia también necesitaba y utilizaba el intercambio de información de las prostitutas, y los empresarios y políticos burgueses podían recurrir a los servicios de esas figuras de dudosa moralidad. La puta y la prostituta crean el espacio para una comunicación sin filtros que abarcaba diferentes clases sociales, sectores y profesiones. Nada forja un vínculo tan fuerte y crea tanta confianza como la corruptibilidad colectiva, ejemplificada en la visita a la puta, sean cuales sean otras experiencias individuales que puedan asociarse con ella. Este mundo de comunicación informal, que era a la vez público y solo accesible a los iniciados, constituía un importante aglutinante en la sociedad burguesa. No es casualidad que la puta fuera una figura central para los escritores y artistas del cambio de siglo, pues representaba tanto el centro (secreto) de la sociedad burguesa como su reverso y su contrapunto. La sociedad burguesa se refleja en la figura de la puta de la única manera que le es propia: como una contradicción.

El declive de la burguesía y la época burguesa del capitalismo están condicionadas por sus propias leyes. La progresiva concentración de capitales significó la transformación de las empresas dirigidas por capitalistas individuales en sociedades

monopolísticas, trusts y sociedades anónimas.<sup>4</sup> El empresario burgués ya no servía y fue sustituido en su función de capitalista por la masa anónima de *share holders* que se convirtieron en los nuevos propietarios de las empresas; en su función de gerente y director fue sustituido por la nueva casta de los *managers* (que no son una clase en sentido propio). La burguesía como clase dominante empezó a desaparecer porque los fundamentos económicos de su dominación cultural y política llegaron a su fin. Como consecuencia, desaparecieron también las condiciones sociales de existencia de la puta, aunque fuera en la forma contradictoria de la prostituta, y así la prostitución *se convirtió* en el servicio sexual que siempre fue *en sí misma*. La regulación burguesa de la putería la convirtió según su concepto en un servicio y, en la medida en que la puta se volvió idéntica a la prostituta, se convirtió en una trabajadora, como todos los demás trabajadores.

En la época burguesa, la estigmatización moral dificultaba la completa integración de las putas. Aunque la afirmación de su carácter deshonroso e impúdico era ciertamente una condición para que quedaran expuestas a una explotación despiadada y sometidas al control policial, es decir, para que se convirtieran en prostitutas, también produjo –por necesidad– la formación un entorno realmente separado de la sociedad burguesa y de sus reglas. Mientras estuvieran privadas de sus derechos, no eran plenamente integrables. Además, la acusación moral de indecencia reflejaba su indecencia real: la incompatibilidad original de este peculiar oficio con el trabajo asalariado en general.

El reconocimiento de la prostitución como una institución necesaria de la sociedad, manifestado por los reglamentistas y aplicado consecuentemente por el Estado, condujo a su normalización inicial como profesión y a un cambio en la autoimagen de las prostitutas como miembros necesarios de la sociedad a quienes correspondía un reconocimiento y unos derechos apropiados. Con esto conectó, a cierta distancia histórica, el movimiento por los derechos de las putas de finales de los años setenta y principios de los ochenta. Aunque en términos numéricos solo llegó a englobar a una proporción muy pequeña de las prostitutas, tuvo cierta repercusión no solo en la sociedad en general, sino también en su propio entorno.

---

<sup>4</sup> “Los resultados más importantes de la historia de los monopolios son, pues: 1. en los años sesenta y setenta del siglo XIX – el desarrollo sumo y máximo de la competencia; apenas se aprecian inicios de monopolios. 2. después de la crisis de 1873 [la llamada crisis fundacional en Alemania] amplio desarrollo de los cárteles, que siguen siendo excepciones, no fenómenos permanentes sino temporales. 3. auge a finales del siglo XIX y crisis de 1900-1903: los cárteles se convierten en uno de los fundamentos de toda la economía. El capitalismo se ha convertido en imperialismo” (Lenin, 1970: 661).

Pero también el abolicionismo contribuyó a esta descualificación de la prostitución. Por ejemplo, cuando Anna Pappritz quiso arrancar el “velo” que cubría a este “segundo mundo” porque quería desenmascarar “los abismos más desagradables” que sospechaba que había debajo y las numerosas conexiones secretas que este mundo mantenía con la “buena sociedad”. El objetivo era eliminar ese entorno y con él las condiciones de existencia de esta profesión; sin secreto, la putería y la prostitución no pueden existir. Sin embargo, el resultado no fue el fin de la sexualidad como negocio. Más bien, cuando el secreto del placer ocultado por el tabú y la estigmatización capituló ante la organización económica del capitalismo tardío, la prostitución se convirtió en un puro negocio. La sexualidad completamente cosificada no necesita de ningún tabú moral; ella misma lo ha incorporado.

### 3.2 “Cuanto más se acerca el trabajo a la prostitución...”

En este contexto, resulta muy profética la sospecha que Walter Benjamin expresó hace unos cien años, cuando señaló que la peculiar cultura de las putas podría llegar a su fin por el hecho de que empezaran a verse a sí mismas como trabajadoras. Benjamin basó esta idea en la evolución social que convertía el “trabajo” en general en “prostitución”:

“La prostitución puede pretender ser ‘trabajo’ en el momento en que el trabajo se convierte en prostitución. De hecho, la *lorette*<sup>5</sup> es la primera en renunciar radicalmente a su disfraz de amante. Ella ya hace que le paguen su tiempo; desde ahí hasta las que reivindican un ‘salario’ el camino no es muy largo”. – “Cuanto más se acerca el trabajo a la prostitución, más atractivo resulta describir la prostitución como trabajo, como viene sucediendo desde hace tiempo en el argot de las putas. El acercamiento imaginado avanzó a pasos agigantados bajo el signo del desempleo; el *keep smiling* asume en el mercado de trabajo el comportamiento de la puta, que ‘lanza una sonrisa’ a alguien en el mercado del amor” (Benjamin, 1985: 439 [J 67,5] y 455 [J 75,1]).

Benjamin habla aquí de dos evoluciones paralelas. Por un lado, la puta empieza a hacerse pagar en unidades de tiempo como primer signo de su transformación en

<sup>5</sup> “Lorette” era el nombre de cierto tipo de “chica ligera” en los bajos fondos parisinos durante el Segundo Imperio, bajo Napoleón III: “Palabra de moda del siglo XIX (a partir de 1841) derivada de Notre-Dame-de-Lorette, una iglesia y un barrio parisino entre Pigalle y el distrito de la Ópera. [...] Entre 1840 y 1870, la palabra describe el tipo social de una joven elegante de moral relajada, emparentada con la *grisette*, propia del París romántico” (Rey, 2010: 1224)

trabajadora que renuncia al “disfraz de amante” y pronto ya no exige un salario amoroso sino un “salario laboral”. Para Benjamin, esta evolución equivale a un declive, ya que para él la puta se caracteriza por el hecho de que no vende su fuerza de trabajo, sino que crea la apariencia de vender su “capacidad de placer”. Con el pago por horas, esta apariencia pierde credibilidad. Al trazar un límite claro en términos de horas o incluso de minutos (esto no significa que el tiempo esté limitado en absoluto, es decir, que la estancia con la puta sea siempre solo temporal), cada cliente debe darse cuenta de que lo que prima no es el placer, sino las consideraciones económicas.

La segunda evolución paralela de la que habla Benjamin es la traslación de la solicitud erótica de los clientes por parte de la prostituta al mercado laboral. La prostituta “sonríe” a los clientes, del mismo modo que el demandante de empleo tiene que sonreír para imponerse a la competencia. “Prostitución” en el mercado laboral significaría, por tanto, que el trabajador o empleado tiene que hacer reclamo (uno realmente “reclama” un empleo) para ser explotado, y que este publicitarse no tiene éxito gracias a la prueba de cualificaciones y competencias, sino mediante cualidades personales o que parecen personales: encanto, simpatía, persuasión, carisma. Esto parece deberse al exceso de oferta; Benjamin habla del desempleo, que habría intensificado este proceso. Los jefes de personal pueden seleccionar entre los numerosos candidatos aptos aquellos que mejor encajan en los estereotipos demandados y pueden sugerir un comportamiento más ajustado al interés de la empresa. Esta convergencia se produce por la necesidad de competir por los puestos de trabajo utilizando medios no objetivos: los medios de la publicidad. Desde el diagnóstico de Benjamin, la estructura laboral de las sociedades capitalistas avanzadas se han transformado de manera considerable. Los sectores de trabajo (y servicios) realmente productivos han disminuido cuantitativamente y han dado paso a un excedente de actividades administrativas, publicitarias, de venta, de asesoramiento, de supervisión y simplemente inútiles. David Graeber caracterizó esta desustancialización del trabajo de cualquier producción de valor como “bullshit jobs”<sup>6</sup>. La verdadera cualificación demandada en estos empleos ya no es tanto la

---

<sup>6</sup> “En efecto, desde los años veinte podemos observar la creación de una infinita variedad de nuevas profesiones e industrias, pero muy pocas de ellas tienen algo que ver con la producción y distribución de sushi, iPhones o zapatillas de moda. [...] Las actividades productivas, como se predijo, se han automatizado en gran medida (incluso si contamos a los trabajadores industriales de todo el mundo, incluidas las masas trabajadoras de China e India, estos trabajadores ya no representan un porcentaje tan grande de la población mundial como antes). Pero [...] ni siquiera es principalmente

mano de obra (y el valor añadido que genera), sino la capacidad de comercializarse uno mismo, sobre todo el automarketing, que se enseña tanto a los parados como a los directivos en “talleres de coaching” y “seminarios de motivación” mediante “la misma invocación de la autorresponsabilidad, la creatividad, la iniciativa, la asertividad [...] y la misma creencia casi ilimitada en el poder de la autoestima” (Bröckling, 2007: 75). Un paradigma actual del éxito es la figura del “influencer”: una estrella que ya ni siquiera imita el canto sobre el escenario haciendo playback, sino que a través de una rara mezcla de promoción de un producto y de sí mismo mediante vídeos en plataformas de redes sociales, por así decir, genera beneficios de la nada. En apariencia eso corresponde a lo que hace la puta, y sin embargo es más bien prostitución.

Toda publicidad quiere seducir: mediante la promesa de un disfrute concreto. Pero como la mercancía no puede cumplir estas promesas, tiene que añadir la ganancia de distinción como incentivo. Mientras que hace cien o incluso cincuenta años las promesas publicitarias seguían vinculadas de algún modo a las cualidades reales de las respectivas mercancías, ahora ambas son completamente divergentes. Cuanto menor es el valor de utilidad real de las mercancías en el sentido de uso humano y no de mero consumo, como diagnosticó Wolfgang Pohrt, más fantásticas son las promesas publicitarias que llevan aparejadas. Estas tienen que compensar la falta de sentido no solo de las mercancías, sino también de la vida determinada por su consumo. Esto se aplica tanto a los productos como a los servicios. La publicidad intenta dar a las mercancías una imagen que no tiene nada que ver con su valor de uso real, sino que pretende asociarlas con anhelos, deseos, experiencias y recuerdos de un tipo completamente distinto. Por ejemplo, beber una bebida gaseosa con cafeína se asocia con el disfrute de la vida como tal, con el aprovechamiento de todas las posibilidades, la felicidad y la realización de los sueños.<sup>7</sup> Tales aspiraciones universales, cuya realización solo está al alcance de unos pocos en la configuración actual de la sociedad (y desde luego no bebiendo Coca-Cola), se utilizan en casi todos los anuncios de productos o servicios, por banales que sean,

---

el sector ‘servicios’ el que se ha inflado, sino más bien el sector administrativo, hasta la aparición de industrias totalmente nuevas como los servicios financieros o el telemarketing, o la expansión sin precedentes de industrias como el derecho corporativo, la administración educativa, científica y sanitaria, los recursos humanos y las relaciones públicas. [...] Propongo llamar a todas estas ocupaciones ‘trabajos de mierda’ (Graeber, 2013).

<sup>7</sup> “Enjoy life” (1923), “... along the highway to anywhere” (1949), “Can't beat the feeling!” (1987), “Life tastes good” (2001), “Make It Real” (2005), “Open Happiness” (2009-2015). Véase Wikipedia: “List of Coca-Cola Slogan”, [https://en.wikipedia.org/wiki/List\\_of\\_Coca-Cola\\_slogans](https://en.wikipedia.org/wiki/List_of_Coca-Cola_slogans).

precisamente porque son tan poderosas y vagas al mismo tiempo. La publicidad actúa básicamente como una puta: promete y no cumple. Pero su incumplimiento es en realidad fracaso –y no el sofisticado rodeo hacia el cumplimiento como en el caso de la puta–, porque dirige los deseos hacia el simple consumo de un producto que nada tiene que ver con esos deseos. Comparada con la publicidad de la puta, la publicidad de mercancías es en realidad insustancial, precisamente porque –a diferencia de aquella– se refiere a una sustancia real. De hecho, las promesas de la publicidad de mercancías de hoy en día tienen una profundidad y universalidad similares a las de la puta. La publicidad ya no opera por debajo de categorías como el amor, la libertad, la autonomía, la revolución y la redención. Los vendedores de mercancías intentan imitar a la puta como “mercancía perfecta” y usurpar su atractivo, incluso hasta el punto de que las mercancías parecen “cobrar vida” y fingir desear o “amar” al comprador. Las mercancías fingien ser putas, pero en realidad solo se ofrecen para el consumo. En el mejor de los casos, proporcionan la satisfacción de una necesidad: es decir, como máximo, lo que la prostituta tiene que ofrecer según el ideal de orden de la regulación burguesa. Pero incluso eso es cada vez más cuestionable.

Por supuesto, hay que señalar que el valor de uso de una mercancía no solo consiste en su simple valor de uso, es decir, en su utilidad práctica, sino también en el valor de disfrute que promete. El capitalismo se basa precisamente en que no solo se satisfacen las necesidades perentorias, sino que éstas se amplían y, en el mejor de los casos, se refinan, es decir, se crean nuevas necesidades o necesidades más específicas; de lo contrario no sería posible la expansión continua de la producción, que forma parte de la lógica de la valorización del valor capitalista. Este es básicamente el aspecto que hace que el capitalismo sea progresista o revolucionario, precisamente como emancipación de la mera naturaleza. Sin embargo, esto solo era válido mientras las mercancías iban realmente asociadas a un valor de uso emancipador, es decir, al disfrute como “riqueza de la sensualidad humana subjetiva” y “como actividad sensual humana práctica” (Marx, 1968: 541; 1978: 6).

Cuando Benjamin escribe que el trabajo se convierte en prostitución, debe referirse a algo más que a la venta de la fuerza de trabajo, porque éste es el estado normal del capitalismo. Marx ya habla de la “prostitución del trabajador”. Benjamin apunta a un cambio dentro de esta relación: la mercantilización de la “sustancia” de la propia persona: Personalidad, autenticidad, creatividad, compromiso, las llamadas *soft skills*, y no solo en la esfera de la circulación, sino más allá de ella. La

transición del salario por tiempo al salario por unidad y a destajo en la fábrica puede considerarse como un primer paso hacia la “prostitución”. Ya no basta con proporcionar fuerza de trabajo en general durante un cierto período de tiempo; se requiere un compromiso activo con la causa del capital. Esto va acompañado de una internalización mucho más fuerte del proceso laboral y, por tanto, de lo que se entiende por prostitución: venta de sí mismo, identificación con fines ajenos e indecorosos. Sin embargo, el trabajador no obtiene ninguna beneficio particular de esta prostitución; no se trata de una prostitución libre para extraer *más*, sino de una prostitución que se requiere para que la fuerza de trabajo sea vendible *en absoluto*.

### 3.3 “... tanto más atractivo es denominar a la prostitución un trabajo”.

Del mismo modo que la primera parte de la tesis de Benjamin solo se hizo realidad en la economía neoliberal de eventos y marketing de uno mismo, la segunda parte solo parece hacerse realidad en la actualidad. Solo en los últimos años la industria de la prostitución ha podido reivindicar abiertamente que se la considere un trabajo normal. Aunque esta afirmación no esté (todavía) respaldada por una mayoría de la opinión pública ni por normativas legales<sup>8</sup>, es un hecho económico y social difícil de rebatir. La sociedad burguesa ya intentó forzar la reducción de la prostitución a simple trabajo y mero servicio, pero la estigmatización moral se interpuso en el camino. La base social de esta estigmatización ha desaparecido con la amplia liberalización y eliminación de tabúes en torno a la sexualidad, que está presente públicamente en los medios de comunicación y como mercancía. En vista de la evolución económica antes mencionada, la prostitución sirve de colector para los que se han quedado sin trabajo y se han vuelto superfluos, lo que ha llevado a una expansión de la oferta. Esto se aplica sobre todo a los países capitalistas en los que, como en Alemania, sigue habiendo suficiente bienestar, pero en los que la evolu-

---

<sup>8</sup> Un gran número de leyes especiales regulan la prostitución, incluso en los países donde está legalizada, a menudo todavía con la ayuda del derecho penal. Muchas de ellas son reliquias de la legislación del siglo XIX, como las ordenanzas de zona restringida y la penalización del ‘proxenetismo’ en Alemania. Aunque en Alemania la Ley de Prostitución de 2002 abolió numerosas normativas (como el delito penal de ‘promoción de la prostitución’) o las modificó (como la opinión de que la prostitución es ‘inmoral’ y la prohibición de la publicidad), siguen vigentes numerosas normativas especiales. El ejemplo más reciente de este tipo de normativa es la Ley de Protección de las Prostitutas de 2016, que, entre otras cosas, estipula una obligación oficial de registro y asesoramiento para las ‘personas que ejercen la prostitución’, que en algunos estados federales hace cumplir la policía.

ción económica ha provocado el aislamiento, la erosión de la familia, la flexibilización y la precarización de las clases medias, que carecen de tiempo para iniciar una relación duradera, por lo que hay suficiente demanda de servicios sexuales. En consecuencia, no existe ningún interés político en prohibir la prostitución, ni siquiera (o especialmente) en los partidos conservadores, ni tampoco existe realmente la posibilidad de hacer cumplir tal prohibición por parte de la policía. La política estatal especial sobre la prostitución que sigue existiendo se limita al control y la vigilancia, una receta históricamente probada. La legalización y la aceptación de la prostitución, así como el declive de ese ambiente, han facilitado estas tareas. En Alemania, la “Ley de protección de las prostitutas” de 2016 es una expresión de ello.

Los detractores de la prostitución están librando una batalla ideológica defensiva. Quieren abolir la prostitución en particular, cuando esta se ha convertido en universal; quieren impedir la transformación de la prostitución en trabajo, cuando no tienen ninguna objeción a la transformación del trabajo en prostitución. Apenas se escucha desde ese flanco ninguna crítica a la explotación capitalista del trabajo y sus condiciones concretas. Incluso la introducción de una prohibición de la “compra de sexo” según el modelo sueco<sup>9</sup> no abolirá el comercio sexual ni detendrá su transformación, que va de la mano de la transformación socioeconómica. Los defensores del trabajo sexual como actividad socialmente útil y merecedora de reconocimiento han llegado al *mainstream* político, aunque de un modo distinto al que imaginan. Al fin y al cabo, esta evolución no es emancipadora.

Uno de los efectos secundarios indeseables de la legalización, aceptación y normalización de la prostitución como forma de trabajo es que las tarifas están bajando. Curiosamente, el movimiento de putas, que debería haberlo sabido mejor que nadie, no se dio cuenta de que el paso de ser una mercancía inusual –cuyo tabú, vergüenza e incomparable promesa de placer eran el origen de su elevado precio– a ser un servicio normal y generalmente aceptado debía llevar inevitablemente a una caída de los precios. Un trabajo puede ser socialmente necesario, pero en condiciones capitalistas eso no da derecho ni es base para una remuneración elevada –

---

<sup>9</sup> En 1999, Suecia fue el primer país en promulgar una “prohibición de la compra de sexo” como parte de la Ley «Kvinnofrid» (Derechos de la mujer). Por ello, la legislación basada en este modelo también se conoce como “modelo sueco” o “modelo nórdico”; otro término para designarlo es neabolitionismo. La ley pretende ilegalizar y frenar la prostitución en la sociedad y, en un espíritu feminista, pretende criminalizar no a las prostitutas, sino a los “compradores de sexo”, así como a los explotadores de burdeles, proxenetas, gerentes y otros beneficiarios y terceros.



algo que se vio confirmado una vez más en la permanente invocación de las “actividades esenciales”, que por lo general no están en absoluto bien pagadas, en el primer año del Covid en 2020-. Una de las razones del atractivo de la prostitución era precisamente saber que el trabajo (remunerado) no te hace rico ni libre; la prostitución se elegía –si se elegía conscientemente– como una forma de eludir de algún modo la inevitable necesidad de ser explotado. El precio de la prostitución, en la medida en que no es el de una mercancía única, condenada al ostracismo y clandestina, es decir, que no puede reclamar una prima de monopolio o estigmatización, no solo está determinado por la ley de la oferta y la demanda, sino que también se basa en los costes de reproducción del trabajador, aunque no haya trabajo asalariado de por medio (cf. Marx, 1983: 380). Por lo tanto, no hay perspectivas de que aumente mediante la normalización y la legalización; el estereotipo de prostituta pobre del sudeste de Europa en las calles alemanas difícilmente se beneficiará de una mayor desestigmatización y reconocimiento de su profesión. Si la prostitución no es más que un simple servicio que no escasea en el mercado, no hay razón para que las prostitutas cobren en principio más que los carteros, los profesores, los peluqueros o las enfermeras. Y esto casi nunca ocurre. Marx ya diagnosticó esta evolución en relación con otros servicios personales:

“Depende, pues, no de la relación en general, sino de la cualidad natural y exclusiva del servicio, el que la persona que recibe la paga [...] parezca más distinguida o inferior a la persona que paga por el servicio. Sin embargo, bajo la condición del capital como poder dominante, a todas estas relaciones se les ha quitado más o menos su honra” (ibíd.: 281).

La industria del placer ha perdido esta “cualidad natural especial” con la desaparición de la sociedad burguesa y la implantación del capitalismo neoliberal; la transición de puta a prestadora de servicios sexuales refleja la general “des-divinización de los servicios personales” (ibíd.). Por lo tanto, no se trata de que las prostitutas actuales en general o las tan mencionadas prostitutas del sudeste de Europa en particular sean peores en su profesión que las de antes. Lo decisivo es que la propia mercancía sexual se ha devaluado en el sentido de que ahora se paga puramente de acuerdo con los aspectos económicos del intercambio y ya no por una promesa única, un excedente o una promesa metafísica; o, en la formulación lapidaria de Marx, “cualquiera que sea el carácter sublime que la tradición, etc., les haya atribuido [a los servicios personales]” (ibíd.). Es posible que quede un resto de esto, lo que todavía provoca una cierta diferencia de precio. En cualquier caso, esta

evolución no se debe a una estigmatización particular de las prostitutas, que podría remediarse con campañas de imagen del trabajo sexual y llamamientos públicos a un mayor reconocimiento, sino a la realidad en general bajo el capital actual.

Por supuesto, los servicios sexuales también tienen distintos niveles de precio, dependiendo de las necesidades específicas que satisfagan y del esfuerzo que requiera el servicio. Su precio aumenta, por ejemplo, si se utilizan técnicas especiales, a veces arriesgadas, en el sector BDSM, o si se emplean materiales y herramientas caros o se ponen a disposición locales. Para ello se necesita un capital que solo tienen quienes acceden a la prostitución con ciertos requisitos materiales y educativos previos: mujeres jóvenes de la clase media occidental razonablemente educada, a menudo estudiantes. Los espacios y lugares sociales en los que incluso una prostituta de la calle aún podía encontrar un pretendiente rico ya no existen; ya no hay un ambiente que pueda captar existencias desesperadas, ofrecer oportunidades de ascenso a través de contactos o un mínimo de solidaridad. Los únicos puntos de contacto que quedan hoy en día son los centros de asesoramiento para prostitutas, que –sobre todo cuando están dirigidos por organizaciones cristianas u otras organizaciones abolicionistas– sirven sobre todo para reproducir a las prostitutas como clientela necesitada y minorizada y son de poca ayuda para ganar dinero.

Para comprender el comercio sexual contemporáneo no se necesitan categorías específicas: de placer, de una unidad ilusoria de publicidad y mercancía y de mercancía y vendedora, de proyección de los deseos, de rechazo del rendimiento, de valores que eluden la equivalencia, de autoconocimiento, de redención incluso; todas estas categorías son, en el mejor de los casos, tan solo transfiguración ilusoria.<sup>10</sup> La integración en el capitalismo neoliberal no suprime en absoluto la prostitución en su forma más explotadora y miserable, al contrario. En vista de la devastación económica y de las exorbitantes diferencias de riqueza incluso dentro de Europa, para muchas mujeres de los países más pobres es una de las pocas formas de ganar dinero a las que se puede acceder; además, sigue ofreciendo una cierta posibilidad de ascenso social en comparación con las condiciones del país de origen y posiblemente incluso una remuneración superior al salario mínimo. Hoy en día, el comercio sexual ya no puede presumir de ser un logro cultural original, pero tampoco las prácticas de explotación en la prostitución son fundamentalmente

---

<sup>10</sup> A la inversa, ésta es la razón por la que el libro *Dialektik der Hure* (Becker, 2023) se ocupa principalmente de estas categorías y, por tanto, del siglo XIX, ya que lo que se quiere recordar es precisamente la “utopía” de la puta que ha desaparecido en el trabajo sexual.

diferentes de las que tienen lugar en todas partes. Parafraseando a Benjamin: El asombro ante el hecho de que la explotación sexual y la esclavitud laboral sigan siendo posibles en el siglo XXI no es el comienzo de conocimiento alguno, a no ser el de que la idea de capitalismo de la que procede es insostenible; y por tanto tampoco se sostiene la tentativa de convertir en un escándalo la prostitución entendida como un sistema de explotación que ya no es tolerable hoy en día en cuanto reliquia del dominio patriarcal. La idea de un progreso que, desde la quiebra civilizatoria de Auschwitz, habría transformado ininterrumpidamente la sociedad occidental en una economía social de mercado cada vez más justa y pacífica, superando la discriminación y la explotación y creando prosperidad para todos, interrumpida solo por retrocesos temporales, se ha vuelto sorprendentemente persistente, presumiblemente como un efecto postrero de la prosperidad del período de posguerra - incluso aunque las grietas en esta imagen se hayan hecho cada vez más evidentes en los últimos tiempos. Esto es especialmente cierto en el caso de las feministas y los defensores de los derechos de las minorías que se han empeñado en exigir el mismo derecho a la explotación capitalista para todos. En el ámbito de la prostitución, esto se aplica igualmente a las facciones de las abolicionistas y de las activistas del trabajo sexual.

#### 4 EL TRABAJO SEXUAL COMO MODA

Hoy en día, el trabajo sexual tiene dos rostros en los medios de comunicación: por un lado, la de la “prostituta pobre” de Europa del Este (aunque rostro no es la palabra adecuada en este caso, ya que estas mujeres casi siempre aparecen representadas en los medios de comunicación de forma cosificadora de espaldas) y, por otro, la de la feliz trabajadora del sexo alemana o de Europa Occidental que encuentra en su profesión la autorrealización y la plenitud. Esta imagen dual, que en su polarización tiene poco que ver con la realidad -la zona entre los extremos es con mucho la más amplia-, se basa en construcciones basadas en intereses ideológicos. Por un lado, en el interés de los detractores de la prostitución por presentar la prostitución en sí misma como un refugio de miseria y coacción y a las prostitutas como víctimas indefensas, sobre lo que pivota no en última instancia la razón de ser de su propio trabajo; por otro lado, en el interés de las y los activistas políticos y de los grupos de presión del trabajo sexual por su propia causa, que ven a las trabajadoras del sexo como una minoría discriminada e idean campañas mediáticas

para luchar contra el “estigma de la puta”, en las que la prostitución se presenta no solo como una profesión normal, sino también como una actividad satisfactoria y plena, lo cual es una afirmación cuanto menos cuestionable en las condiciones del mundo laboral actual. Esta polarización se encuentra en oposición diametral a la orientación de la puta hacia la libertad y el ascenso social en lugar de hacia la realización profesional. Esta escenificación mediática también forma parte –consciente o inconscientemente, intencionadamente o no– de la competencia por autoafirmarse en el mercado de los servicios sexuales, es decir, de una publicidad en favor del propio interés, que se dirige contra los segmentos inferiores de la prostitución.

El segmento superior de la prostitución y los grupos de presión que lo representan pueden considerarse la vanguardia neoliberal. Su supuesta radicalidad política se limita por lo general a asegurar su autoimagen y su presencia en los medios de comunicación como supuesta contribución a la eliminación de tabúes del trabajo sexual y a creativas campañas de imagen que supuestamente confrontan a la población por primera vez con las historias de trabajadoras del sexo “reales” para desprenderse de prejuicios de dudosa existencia. Esta forja mediática fomenta directamente la trivialización y la pérdida de cualquier misterio, confidencialidad y paradójica privacidad del comercio sexual y contribuye a su progresiva pérdida de sustancia. Al mismo tiempo, queda claro el papel vanguardista que el trabajo sexual actual desempeña en el paradigma neoliberal.<sup>11</sup>

Hoy en día, el trabajo sexual puede reivindicar formar parte de la superestructura ideológica oficial; en este sentido, se podría decir que el trabajo sexual sigue teniendo una función cultural que se corresponde con la realidad económica actual. Ofrece esoterismo en lugar de metafísica, ideología en lugar de conocimiento, moda en lugar de arte y fetichismo en lugar de amor. En la prestación de servicios sexuales, se fusionan las perspectivas que abordan el oficio del placer desde dentro y desde fuera. Se supone que el beneficio social y la autonomía individual coinciden según la ideología neoliberal, mientras que lo contrario es cada vez más evidente. La penetrante insistencia en el carácter irrenunciable de la propia actividad, la constante presencia mediática y la disposición a participar en la política y los

---

<sup>11</sup> La discusión sobre si el trabajo sexual, ahora que es legal, también puede o debe ser organizado por las oficinas de empleo, o la conversión en un escándalo de casos individuales en los que se dice que tal cosa ha sucedido, también muestra que la prostitución, cuyo ejercicio –en cuanto superación de una repulsión social general y de un estigma moral– pudo un día conducir a una forma de libertad más allá de los caminos previstos, sirve hoy más bien como una forma reconocida de declarar ilegítimo el rechazo incluso de las últimas imposiciones desmedidas del capitalismo. Por supuesto, la imposición desmedida no se refiere solo ni principalmente al trabajo sexual.

medios de comunicación son indignas de una puta y demuestran la voluntad de prostituirse por la atención mediática y el aplauso público. Con Karl Kraus podríamos decir que las trabajadoras del sexo son hoy las “prostitutas del espíritu”. El “favor de las mujeres públicas” ya no debería “funcionar solo en la vida privada de aquellos a quienes se ofrece”, sino que al menos tendría que comunicarse al gran público. El trabajo sexual es la universalización del oficio del placer como autorrealización, una ideología que también está muy extendida en el arte actual. Al igual que hoy cualquiera puede ser artista, también puede ser puta. Esta es la exitosa instrumentalización capitalista que aún no pudo funcionar para la prostitución en la sociedad burguesa.

Lo que he llamado “descualificación” en relación con la prostitución, la reducción a la satisfacción de una necesidad inexcusable, se complementa hoy con una especie de recualificación, en el sentido de que el posicionamiento en el mercado obliga a la oferta al consumidor a diferenciarse cada vez más, a adaptarse a grupos diana, a generar y atender necesidades cada vez más específicas y, en consecuencia, a aprender los fundamentos de la planificación empresarial y las técnicas necesarias del negocio del sexo. Hoy en día, el trabajo sexual ya no es una vaga promesa erótica, sino que se divide en una variedad de sectores, especialmente en el ámbito de lo que solía llamarse perversiones, que se ha vuelto increíblemente diferenciado. Ya no se acude simplemente a una “dominatrix”, sino que se busca la proveedora adecuada y la oferta personalizada que se adapte a las propias necesidades fetichistas entre *ladys* extravagantes, dominación clásica, *restriction play*, tratamiento de hipnosis, bondage, masaje SM, erotismo de pies, fetichismo de látex, clínica, educación de tocador, castidad, *gender play*, *pet play* y mil variantes más. Además, hay todo tipo de nuevos enfoques esotéricos de la sexualidad, desde los masajes tantra hasta el trabajo corporal sexual, que prometen “atención plena”, “conciencia” y “holismo” de la experiencia sexual. Sin embargo, la prometida redención de la identidad fragmentada ha dejado de serlo. La promesa ya no apunta más allá de sí misma, sino que se agota en permitir la experiencia temporal de que esta totalidad aún existe; en otras palabras, ideología. En el sector más barato, que sigue funcionando según el modelo tradicional de trabajo alienado, el servicio se subdivide según las prácticas individuales, a menudo utilizando abreviaturas: RS, SA, francés,

griego, SC, BL, 69, etc.<sup>12</sup> Aquí, la transfiguración ideológica está aún menos avanzada y el servicio ofrecido a destajo es tan simple como parece.

El hecho de que estas ofertas puedan aparecer como realización de la libertad tiene que ver con el cambio de rol de la sexualidad. La dependencia absoluta y la imposibilidad de autodeterminación que los asalariados y autoempleados de hoy han aprendido a aceptar se amalgaman con la liberalización sexual en la misma medida en que la sexualidad parece haber quedado de modo compensatorio como la última identidad residual y la única propiedad del individuo y, por tanto, como el último campo de autorrealización –y como tal se publicitaba y se publicita–. La cultura tecno y de club, los clubes de *swingers*, la creciente aceptación social de inclinaciones, estilos de vida e identidades sexuales divergentes y el trabajo sexual legal forman parte de ello tanto como el consumo de porno a través de Internet (y, desde hace algunos años, los festivales de cine porno) y la reinención de los sex shops para un público principalmente femenino. La creciente disminución de las posibilidades de expresarse a través del trabajo productivo, que se han visto sustituidas –también y especialmente en el ámbito de la cultura– por un mero abastecimiento de segmentos de mercado y una demanda de fondos gestionados por el Estado, fueron la condición para que la sexualidad se convirtiera en un campo central de la autorrealización. Esto también se ha contagiado al negocio del sexo en sentido estricto. En la actualidad, la sexualidad se socializa, o más bien se desocializa, de una forma distinta a como se hacía en la sociedad burguesa. Aislado, privatizado y, al mismo tiempo, como “agencia de la sociedad”<sup>13</sup>, sometido directamente al mercado, el individuo se define por su identidad sexual, que puede consumirse y gozarse plenamente en el trabajo sexual. Esto determina el atractivo de la prostitución hoy en día tanto para los proveedores como para los clientes.

En la medida en que la actividad sexual se anuncia hoy de modo general como una forma de optimizar el cuerpo en aras de la salud y el bienestar psicológico y es también una oferta mercantilizada de autorrealización o una simple rutina, ha perdido su exceso utópico, el anhelo de un estado diferente de la sociedad. En la prostitución, este anhelo se mostraba sobre todo en la insatisfacción del cliente con el carácter ilusorio del placer comprado, que se manifestaba en el desprecio moral o la idealización de la prostituta, así como en la mala conciencia del cliente, en sus

---

<sup>12</sup> Estas abreviaturas ya no son tampoco jerga para iniciados –que sirven o servían sobre todo para satisfacer la protección de menores y eludir las restricciones publicitarias–, sino que pueden encontrarse en Wikipedia.

<sup>13</sup> Como seguía siendo la familia para Adorno. Cf. Adorno, 2003a: 303.

fantasías de redención o en su enamoramiento. La trabajadora sexual quiere quitar de la cabeza al cliente todas estas manías: éste ya no debe desear a la prostituta, sino asumir que no adquiere más que el derecho a un servicio.<sup>14</sup> Sin embargo, esto debería seguir permitiéndole “realizar” por fin sus necesidades más propias y solipistas, con una guía, por así decirlo, pero para sí mismo. La compra de un servicio sexual no es mucho más que una masturbación ampliada, la versión en la vida real del consumo de pornografía. En este sentido, la invención de muñecas sexuales cada vez más realistas tanto en apariencia como en tacto (que se comercializan característicamente como “muñecas del amor”) y el establecimiento de burdeles de muñecas, que ocuparon titulares sobre todo en 2017/18, no son más que variantes del mismo mercado.<sup>15</sup>

En la vanguardia social del trabajo sexual se utiliza a menudo un vocabulario terapéutico. Se supone que los clientes aprenden a liberarse de la vergüenza y las restricciones, se promete “sanación” y elaboración de traumas, experiencias holísticas y realización de los sueños más secretos. Esto también alimenta la autoimagen de ejercer una actividad útil, incluso indispensable, y de tener encomendada una misión en materia de educación sexual de la población. Esta operación se rodera de un discurso dirigido a otro sector del público sobre el derecho a la sexualidad, que debe hacerse accesible a las personas con discapacidad o a las personas en residencias, en particular con la ayuda de «acompañantes sexuales». También en este caso se supone que la prostitución es indispensable para proporcionar los cuidados necesarios, que incluso podrían ser financiados por las compañías de seguros de enfermedad. Sin embargo, la reclusión y la minorización de estas personas, responsables al menos en parte de su necesidad de cuidados, se ven así legitimadas en lugar de cuestionarse.

En una cultura narcisista en la que la gente publica diariamente mensajes sobre su vida cotidiana en imágenes, texto y vídeo en las llamadas redes sociales para reafirmarse en su propia existencia, porque la participación social en sentido pro-

---

<sup>14</sup> El hecho de que este intento aún no haya tenido éxito del todo puede apreciarse en el odio compensatorio y el desprecio que a menudo se articulaban contra las prostitutas en los tristemente célebres foros de clientes.

<sup>15</sup> En aquel momento, en varios países los burdeles de muñecas sexuales se convirtieron por un breve periodo de tiempo en un revuelo mediático. Parece bastante cuestionable que se tratara de un modelo de negocio permanente; la mayoría de estos burdeles, algunos de los cuales eran plataformas de comercialización para fabricantes de muñecas, ya no existen, como el establecimiento regentado por la empresa de muñecas Lumidolls en Barcelona, del que se dice que fue el primero de Europa. Sin embargo, en 2020 se inauguró un nuevo burdel de muñecas en Berlín, que cuenta con más innovaciones técnicas.

pio ya no existe (aunque tópicos como democracia y participación estén muy de moda y se permita a la población practicar diligentemente la “solidaridad vivida”<sup>16</sup> y el trabajo voluntario mientras no se vean afectadas las relaciones de propiedad), el trabajo sexual promete no solo la autorrealización, sino también la indispensable autoafirmación y satisfacción narcisista. Esto hace posible no solo la mirada anhelante de los demás, sino también el permiso para presentarse como una mercancía atractiva en poses sexys en la esfera pública de Internet.<sup>17</sup> Resulta a la vez paradójico y lógico que, en esta cultura de la autopresentación, la sexualidad vuelva a estar fuertemente asociada al peligro de agresión. Y por eso no es de extrañar que – mientras la facción más tradicional del feminismo se aferra impertérrita a su narrativa de la prostitución como una continua “violación pagada”– las facciones más modernas vean en el modelo contractual y negociado de la sexualidad, tal y como tiene lugar en el trabajo sexual (y tal y como no tuvo validez para la prostituta, y menos aún para la puta), un modelo incluso para la sexualidad privada. Las prácticas sexuales sobre una base contractual ya no aparecen como intrínsecamente desiguales, como explotación o fraude, sino como el ideal de una sexualidad igualitaria y consensuada en la que solo puede y debe tener lugar aquello que previamente ha sido explícita e inequívocamente consentido por todos los participantes en condiciones de plena capacidad y cuyas implicaciones han sido comprendidas y acordadas. El lema bajo el que las feministas de todas las facciones vuelven a unirse ya no es “no es no”, sino “solo un sí explícito significa sí”. El miedo subyacente a circunstancias imprevisibles y a transgresiones que puedan poner en cuestión la frágil identidad sexual como única propiedad que le queda al individuo sitúa la sexualidad (masculina, heterosexual) bajo la sospecha general de violencia y agresión. La única diferencia entre las dos facciones feministas es la cuestión de si existe ese consenso ideal en el trabajo sexual. Unas opinan que en él existe un desequilibrio de poder fundamental, de modo que la prostituta no puede dar efectivamente su consentimiento, sería cuasi menor de edad. Otras opinan que el trabajo se-

---

<sup>16</sup> Al comienzo de la llamada crisis del coronavirus, en la primavera de 2020, el entusiasmo por la acción solidaria floreció hasta límites insospechados. Al principio encontró su expresión favorita colgando pancartas de “Stay-the-fuck-home”, aplaudiendo y cantando canciones partisanas italianas desde los balcones, equipando “vallas de donativos” para los sin techo y cosiendo mascarillas. Este entusiasmo solidario se convertía a menudo en disposición a la denuncia de otras personas.

<sup>17</sup> “El concepto de carácter anal ya no tiene validez. El fetichista de mercancías de nuevo cuño desea parecerse a las mercancías mucho más que poseerlas de forma duradera. La carencia de relación afecta a los objetos tanto como a los sujetos. La codicia por comprar y el desechar son equivalentes” (Adorno, 2003b: 71).



xual puede servir de modelo porque determina explícitamente de antemano qué actos tendrán lugar y cuáles no. La cuestión que se negocia aquí es si existe un intercambio equitativo entre sexualidad y otras contraprestaciones o si solo lo semejante puede compensarse con lo semejante. Sin embargo, el modelo básico de que la sexualidad es un intercambio en el que prestación y contraprestación se sopesan mutuamente de forma casi contractual se establece como un ideal (feminista) de manera indiscutible y universal.

Las posibilidades de que las feministas “radicales” más tradicionales puedan hacer valer su visión de la prostitución como violencia en la sociedad son más bien escasas, aunque hayan logrado repetidamente éxitos políticos. Aunque no se puede descartar que la hiperexcitación general del debate político se centre en la prostitución y decida ilegalizarla, es mucho más probable que su reconocimiento como trabajo se siga actualizando al día con leyes especiales para “proteger” y controlar a las prostitutas, como ha acabado imponiéndose políticamente en Alemania desde la abolición de la infracción de la normativa de buenas costumbres a través de la Ley de Prostitución de 2002 y el subsiguiente refuerzo de la regulación en el marco de la Ley de Protección de Prostitutas de 2017. Una tendencia actual es que los servicios sexuales están perdiendo su asimetría de género y el mercado se está abriendo a ambos géneros, como ha ocurrido y sigue ocurriendo en la pornografía. Los burdeles para mujeres, o incluso para homosexuales, nunca han logrado establecerse, pero en los últimos años los servicios sexuales se han abierto claramente a la clientela femenina y a los proveedores masculinos (más allá de la escena de los chaperos). Esto es lógico si las mujeres –con o sin cuotas– han llegado ahora también a los tramos salariales más altos. El culmen de un feminismo convertido al capitalismo es el feminismo queer focalizado en políticas de identidad, cuya ideología promulga que puedes cambiar de modo arbitrario no solo tu género, sino también lo que puedes hacer con él. Todo el mundo puede ser proveedor de servicios y todo el mundo puede ser consumidor; se aplica el derecho universal a la valorización de las propias características de género y a la satisfacción de las propias necesidades a través del mercado. Queda por ver si esta equiparación de sexos, sobre todo del lado de los clientes, llegará a ser universal o si seguirá limitada a los segmentos de precios más altos, como ha sucedido hasta ahora. Por lo tanto, la disputa feminista continuará aún durante un tiempo.

El hecho de que el trabajo sexual se haya convertido en el paradigma y el ideal de autorrealización del capitalismo contemporáneo indica también que este capita-

lismo se ha vuelto en cierto modo más “femenino”. Si bien Alexandra Kollontai señalaba hace un centenar de años que eran precisamente las “virtudes femeninas” tradicionales las que impedían a las mujeres afianzarse en el mundo laboral y, por tanto, favorecían su caída en la prostitución, hoy en día esto ya no rige así en las sociedades occidentales desarrolladas. Por un lado, porque las *soft skills* con connotaciones femeninas son ahora demandadas en todo tipo de profesiones de gestión y de cuello blanco (capacidad de trabajo en equipo, inteligencia emocional, consideración del bienestar de los empleados, “calidez” humana), y por otro, porque la comercialización con éxito de las habilidades femeninas, emocionales, sexuales e íntimas en el trabajo sexual ya no es una prueba de inadaptación al mercado laboral y una expresión de resignación a la explotabilidad de la propia fuerza de trabajo, sino que prueba precisamente la inmensa idoneidad de encajar en el nuevo mercado laboral de la autocomercialización. La trabajadora sexual de éxito demuestra su voluntad y su capacidad de integrarse en la sociedad, aunque ya no gane salarios superiores a la media, apenas pueda ascender socialmente y solo pueda hablar de un estilo de vida autónomo en un sentido muy limitado.

*Traducción del alemán de Jordi Maiso y José A. Zamora*

## REFERENCIAS

- ADORNO, Theodor W. (2003a): “Zum Problem der Familie” (1955), en *Gesammelte Schriften*, vol. 20.1, Frankfurt am Main: Suhrkamp, 302-309.
- ADORNO, Theodor W. (2003b): “Individuum und Gesellschaft”, *Frankfurter Adorno-Blätter* VIII, 60-94.
- BECKER, Theodora (2023): *Dialektik der Hure. Von der ‘Prostitution’ zur ‘Sex-Arbeit’*. Berlin: Matthes & Seitz.
- BEHREND, Friedrich Jacob (1850): *Die Prostitution in Berlin und die gegen sie und die Syphilis zu nehmenden Maßregeln*, Erlangen: Palm & Enke.
- BENJAMIN, Walter (1974): “Anmerkungen des Herausgebers: Charles Baudelaire. Ein Lyriker im Zeitalter des Hochkapitalismus”, en *Gesammelte Schriften*, vol I. Ed. R. Tiedemann y H. Schweppenhäuser. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1064-1222
- BENJAMIN, Walter (1985): *Passagenwerk*, *Gesammelte Schriften*, vol V. Ed. R. Tiedemann. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- BRÖCKLING, Ulrich (2007): *Das unternehmerische Selbst. Soziologie einer Subjektivierungsform*, Frankfurt am Main: Suhrkamp.

- GRAEBER, David (2013): "On the Phenomenon of Bullshit Jobs. A Work Rant", *STRIKE!* 8.
- LENIN, Vladimir Ilich (1970): "El imperialismo como fase superior del capitalismo" (1916), en: Id.: *Ausgewählte Werke*, Vol. II, Berlín: Dietz Verlag, 643-770.
- KISCH, Egon Erwin (1981): "Magdalenenheim", en: *Marktplatz der Sensationen*, Berlín, Weimar: Aufbau-Verlag, 223-230.
- LAFARGUE, Paul (2009): "Die Predigt der Kurtisane", en *Die Religion des Kapitals*, Berlín: Matthes & Seitz, 28-43.
- M. K. G. (1905): *Städtische Lusthäuser. Ein ernstes Wort ohne Umschweife!*, con prólogo del Prof. Dr. C. Fraenkel, Consejero Privado de Medicina y Director del Instituto de Higiene de la Universidad de Halle a. S., Leipzig.
- MANDEVILLE, Bernard (2018 [1724]): *A Modest Defence of Public Stews Or An Essay upon Whoring as it is now Practiced in this Kingdom*. Published by the Exclassics Project (<https://www.exclassics.com/stews/stews.pdf>)
- MARX, Karl (1968): *Ökonomisch-philosophische Manuskripte*, en MEW vol. 40, Berlín: Dietz, 465-588.
- MARX, Karl (1978): "Thesen über Feuerbach", en MEW vol. 3, Berlín: Dietz, 5-7.
- MARX, Karl (1983): *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, en MEW vol. 42, Berlín: Dietz.
- PAPPRITZ, Anna (1907): "Die Welt, von der man nicht spricht!". Aus den Papieren einer Polizei-Beamtin, compilado y editado por Anna Pappritz, Leipzig: Dietrich.
- PLATONOV, Andrej (2013): "The Anti-Sexus", traducido por Annie O. Fisher, en: *Cabinet Magazine* 51, Nueva York.
- REY, Alain (ed.) (2010), *Dictionnaire historique de la langue française*, París: Robert.
- SIMMEL, Georg (1989 [1900]): *Philosophie des Geldes*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- TARNOWSKY, Benjamin (1890): *Prostitution und Abolitionismus*, Hamburg und Leipzig: Leopold Voss.